

Breve biografía de un depósito arqueológico: el D25 del Museo de La Plata (Argentina), 13 años después

Ana Igareta*

IGARETA, Ana. Breve biografía de un depósito arqueológico: el D25 del Museo de La Plata (Argentina), 13 años después. *R. Museu Arq. Etn.* 39: 54-74, 2022.

Resumen: El Depósito 25 del Museo de La Plata (Buenos Aires, Argentina) es la reserva arqueológica más grande de la institución que se creó a fines del siglo XIX. Sin embargo, históricamente careció de personal fijo que se encargara del cuidado de sus colecciones, lo que no solo limitó las posibilidades de consulta y análisis del material, sino que generó un progresivo estado de desorden que afectó a todo el repositorio. La situación comenzó a modificarse en el año 2008 cuando la designación de una encargada puso en marcha un proyecto integral de acondicionamiento de sus instalaciones y de las más de 100.000 piezas que contiene en guarda. Se trató de una labor compleja que inició con la limpieza total de la reserva por primera vez en medio siglo, continuó con un trabajo minucioso de relevamiento y registro del material y terminó con la elaboración de un inventario topográfico. A ello se sumaron tareas de monitoreo y control de las plagas identificadas, el reemplazo de mobiliario y contenedores orgánicos por inorgánicos, y el diseño e implementación de protocolos para la organización y registro de las actividades realizadas por el personal e investigadores visitantes. Trece años después, las colecciones del Depósito 25 se encuentran adecuadamente acondicionadas, organizadas y accesibles, habiéndose convertido en fuente permanente de consulta para investigadores del país y el exterior, y la información obtenida es presentada en publicaciones científicas, pedagógicas, tecnológicas y artísticas. Este trabajo revisa brevemente el trayecto recorrido, dando cuenta del conjunto de complejas problemáticas enfrentadas en cada etapa y de las sencillas y concretas estrategias desarrolladas para resolverlas.

Palabras clave: Depósito 25; Museo de La Plata; Colecciones arqueológicas; Desorden y deterioro; Puesta en valor.

En memoria del Dr. Rodolfo Raffino, por haber confiado en mí para darle nueva vida al 25

* Curadora de colecciones, División Arqueología, Museo de La Plata. Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata. CONICET - Instituto de Historia, Teoría y Praxis de la Arquitectura y la Ciudad, Facultad de Arquitectura y Urbanismo. Universidad Nacional de La Plata. <aigareta@gmail.com>

Introducción

En 1888 se inauguró en la ciudad de La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires, República Argentina, el primer museo de ciencias naturales de América del Sur que contó con un edificio construido para tal fin (Farro 2008) (**Fig. 1**).

Sus colecciones incluían varios miles de piezas arqueológicas que habían sido reunidas por colecta, compra, donación o intercambio por quien fue su primer director, Francisco P. Moreno (Teruggi 1988). Durante las siguientes dos décadas Moreno se dedicó activamente a ampliarlas y tal interés se mantuvo constante hasta el siglo XXI. Ciento

treinta y tres años después, el Museo de La Plata (MLP) custodia uno de los acervos museográficos más importante de América Latina y es el mayor repositorio arqueológico argentino (Ametrano 2015), con colecciones provenientes de sitios de todo el país, países limítrofes y algunas regiones de Europa, Asia y África (Igarreta 2019).

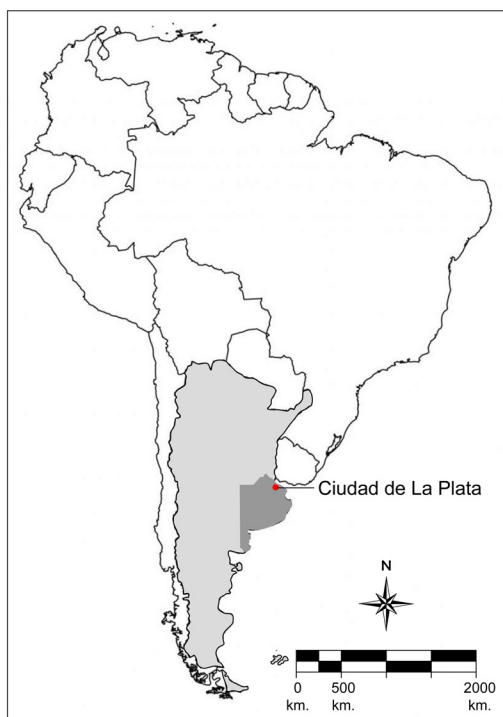


Fig. 1. La República Argentina en gris claro; en gris oscuro, la provincia de Buenos Aires en cuya ciudad capital se ubica el Museo de La Plata.

Fuente: Gráfica de F. Chechi.

En la actualidad un pequeño porcentaje de los materiales arqueológicos con que cuenta la institución está exhibido en las salas abiertas al público, mientras que el resto se encuentra en guarda en los tres depósitos¹ destinados a tal fin

1 Diversos autores propusieron recientemente reemplazar el uso de la denominación “depósito” por “bodega” o “reserva” para referirse a espacios de guarda de bienes de valor patrimonial, por entender que la primera no representaba adecuadamente las características de tales espacios. En este texto se decidió respetar la nomenclatura histórica que se les dio en el MLP, asumiendo además que la denominación evolucionó a la par del concepto de depósito arqueológico y no es necesario reemplazarla para

en el histórico edificio del Museo, denominados 6, 7 y 25, respectivamente. A diferencia de otras divisiones científicas que desde momentos tempranos contaron con personal asignado a la organización y mantenimiento de sus reservas, la División Arqueología careció de él hasta tiempos recientes. Por más de un siglo el esfuerzo de investigadores y técnicos estuvo centrado en la obtención, análisis y exhibición de materiales, actividades cuyos resultados

actualizarla. A fines prácticos las tres palabras deben ser consideradas como sinónimos en este artículo.

dieron a la institución prestigio mundial, pero que relegaron a un segundo plano tareas de importancia museográfica.

No obstante, la actividad resultó del interés de personajes clave en la historia de la institución como Luis María Torres, quien en 1915 elaboró un catálogo de colecciones arqueológicas y etnográficas y, años después, concretó el primer inventario completo de materiales arqueológicos y de materiales de otros departamentos científicos (Podgorny 1999). También Fernando Márquez Miranda se interesó por la clasificación del material y en la década de 1940, cuando era Jefe del Departamento de Arqueología, ordenó la recatalogación del total de las colecciones líticas procedentes de Patagonia. Más recientes cabe mencionar la labor de María Delia Arenas quien, entre fines de la década de 1980 y mediados de la del 2000, concretó ordenamiento físico y la actualización del inventario de la Colección Benjamín Muniz Barreto (Arenas 2008), y el inventario y clasificación tecnoestilística de los textiles andinos realizado por Elsa Manjarín y Graciela Suárez a fines de la década de 1990 (Manjarín & Suárez 2002). Y aunque otros profesionales realizaron intervenciones semejantes, se desarrollaron siempre sobre conjuntos puntuales y sin extenderse al grueso de las colecciones, como ocurrió por ejemplo con los trabajos de restauración de piezas realizados por Benito Fernández y por Domingo García entre los años 1930 y 1970 (Pellizzari 2020).

La ausencia sostenida de personal específicamente encargado de los depósitos arqueológicos ocasionó la progresiva desorganización de sus colecciones, dado que un enorme volumen de material continuó ingresando año a año en cada uno. En el Depósito 7 la situación comenzó a revertirse a comienzos de la década de 1990 gracias a la labor de la mencionada Arena, y dio un vuelco definitivo en el siglo XXI cuando María Guillermina Couso fue nombrada como su Encargada de colecciones. Muy diferente fue la situación del Depósito 25 (D25), el de mayor superficie, el único que alberga materiales procedentes de todo el país y el único totalmente ajeno a la vista del

público, ya que se encuentra en la planta baja (parcialmente soterrada) del MLP, en la sección de dependencias técnicas. Sin registro formal de que durante el siglo XX haya contado con un responsable asignado a la custodia de sus colecciones, los únicos datos conocidos sobre el uso del D25 se remontan a la década de 1970 cuando fue utilizado como gabinete para el análisis de materiales recuperados en excavaciones entonces realizadas por investigadores de la institución (Ceruti, *comunicación personal*, 2021) y al desarrollo de una breve experiencia de limpieza y reemplazo de contenedores de un conjunto acotado de piezas (Vázquez, *comunicación personal*, 2021).

En el año 2003 el entonces Jefe de División, Dr. Rodolfo Raffino, me pidió que localizara en el D25 material que un investigador necesitaba revisar con urgencia; pese al desorden y a no disponer de ningún tipo de referencia topográfica para guiarme, pude cumplir con lo requerido. A ese pedido siguieron otros, lo que dio comienzo por mi parte a una labor informal de identificación y limpieza expeditiva de conjuntos que se solicitaban para consulta. Eventualmente esa tarea se transformó en el acondicionamiento y ordenamiento de series completas de piezas. Los buenos resultados obtenidos durante los trabajos generaron un interés institucional por contar con un responsable permanente para el depósito, lo que llevó a mi nombramiento como Encargada de colecciones del D25 en abril de 2008.

Ese fue el inicio de un largo recorrido destinado a mejorar el estado del acervo del D25 y a que sus colecciones recuperaran un rol protagónico como material de referencia de la arqueología nacional. Al decir de Raffino, la puesta en valor del "*legendario e inexpugnable Depósito 25*" (Raffino 2012: 5) empezó a saldar la deuda que la División Arqueología tenía desde hacía décadas con los materiales en su custodia. A modo de breve biografía, el objetivo de este trabajo es dar cuenta del estado de las colecciones del depósito al inicio de ese recorrido, revisar los problemas identificados y presentar las (probadas e improvisadas) estrategias implementadas para resolverlos. Este texto no pretende hacer un detalle técnico

de los materiales y métodos utilizados, sino un relato de cómo la realización de tareas aparentemente sencillas, tediosas y de poca envergadura generaron una mejora drástica en una de las reservas arqueológicas más importante del país.

El Depósito 25 en números

El D25 se ubica en el corazón de la planta baja del MLP y es el más antiguo de los depósitos de la División Arqueología, ya que ha funcionado como reserva desde el momento de la inauguración del edificio. Se desarrolla en un espacio único de 23 m × 8 m × 2.50 m completamente interno, sin luz natural y sin accesos de aire más allá de tres pequeñas ventilaciones – una en la única puerta de ingreso y dos en la pared posterior – que conectan con un pasillo perimetral, igualmente interno. No cuenta con sistema de ventiladores, ventilación forzada o control de temperatura, pero desde el año 2017 dispone de un deshumidificador industrial que contribuye al control de la humedad relativa (HR) de su ambiente y al filtrado del aire. Un relevamiento realizado cinco días a la semana a lo largo de dieciocho meses durante los años 2007 y 2008 dio como resultado un

registro de temperatura anual promedio de 14° C y una HR promedio de cerca del 64%, con picos de 20° y 72%, respectivamente, durante las últimas semanas del mes de febrero y las primeras de marzo, aunque en el curso de los últimos años dichos parámetros han mostrado un incremento sostenido en sus valores (Mariani & Igareta 2014).

Los muros perimetrales del D25 se encuentran íntegramente cubiertos, de piso a techo, por estantes de madera de 65 a 80 cm de ancho, dispuestos a alturas variables y sostenidos por armazones de madera directamente amurados a las paredes. Dos secciones de las estanterías perimetrales originales fueron reemplazadas por mobiliario de metal, mientras que la estructura de soporte del resto se mantiene igual hace por lo menos un siglo, aunque muchos de los estantes han sido también reemplazados. El espacio interno del depósito se encuentra ocupado por tres líneas paralelas de estanterías metálicas de 15 m de largo, 1 m de ancho y 2 m de altura, separadas entre sí por pasillos de 0,75 m de ancho. Estas sustituyeron en el año 2014 a un muy variado conjunto de soportes, estanterías, cajoneras y cajones de madera de diversa antigüedad, calidad y solidez que hasta entonces habían servido para el almacenamiento de las piezas (Fig. 2 y 3).



Fig. 2. Vista actual del mobiliario metálico del pasillo iDd del D25.

Fuente: Fotografía de M. Hernández.



Fig. 3. Vista actual de las estanterías perimetrales de madera del pasillo iA del D25.

Fuente: Fotografía de A. Igareta.

No fue posible hallar publicaciones o documentación que den cuenta de intervenciones sistemáticas de conservación, clasificación u ordenamiento del D25 anteriores al año 2008, aunque sí hay evidencia de que ciertos conjuntos de piezas fueron restaurados, inventariados y acondicionados. Tampoco hay un registro formal previo a ese año que indique quiénes, cuándo y con qué motivo accedieron a la consulta de sus materiales, pero las publicaciones realizadas por investigadores a lo largo de más de un siglo evidencian que muchas de sus colecciones fueron analizadas, lo que implica que existió algún mecanismo informal que lo posibilitaba. Es probable que tales revisiones informales hayan contribuido a agravar la situación de desorden de los conjuntos, dado que los arqueólogos se veían obligados a ubicar los elementos de su interés en un espacio incómodo, y movilizaba para ello materiales y

contenedores que no eran vueltos a acomodar o lo eran sin un criterio unificado.

Una de las grandes incógnitas que persistía a comienzos del siglo XXI era la cantidad y variedad de piezas que albergaba el D25, dado que ni los esmerados registros elaborados por la División Arqueología hasta mediados del siglo XX ni los menos detallados realizados desde entonces discriminaban en cuál de los tres depósitos había sido alojado cada conjunto de materiales. Teniendo en cuenta que las colecciones arqueológicas del MLP se incrementaron de modo sostenido desde su inauguración hasta el año 2004²,

2 En el año 2004 se promulgó la Ley 25.743 de protección del patrimonio arqueológico y paleontológico de la República Argentina que estableció que el material recuperado en excavaciones podía ser trasladado a otras localidades para investigación, pero que una vez terminadas el material debía ser ingresado en las colecciones de repositorios próximos a los sitios donde fue recuperado. Desde entonces no se sumó ninguna nueva colección arqueológica al MLP.

la información disponible en la documentación histórica se hallaba muy desactualizada. Hasta donde se pudo indagar, nunca se había realizado un registro directo y pormenorizado del acervo del D25 como el que se realizó en simultáneo con las tareas de acondicionamiento que se relataran a continuación.

Diagnóstico inicial

La falta de personal encargado de organizar el ingreso y consulta de materiales en el D25 generó una situación de desorden que se vio agravada por el uso de la reserva para el almacenamiento de objetos que no pertenecían a las colecciones arqueológicas. Herramientas e instrumental, equipamiento para el trabajo de campo y contenedores vacíos fueron acumulándose en el interior del depósito a lo largo de casi un siglo y ocupando espacio destinado al material (Collazo & Igareta 2010). En el 2008, y como

primera acción de mejora, se procedió a identificar y retirar dichos elementos, lo que permitió despejar parte de la superficie de los pasillos que hasta entonces se hallaban obstruidos por aquellos y por el material arqueológico apoyado sobre el piso de modo irregular (Fig. 4A y 4B). Luego se procedió a remover la capa uniforme de polvo y telarañas de varios milímetros de espesor que cubría los casi 210 m² de superficie y mobiliario del D25, lo que tuvo como resultado dos aspiradoras quemadas por exceso de uso. También se retiraron trampas para ratones instaladas en décadas anteriores (algunas aún activadas) y se eliminaron cúmulos de basura orgánica e inorgánica que se habían depositado a lo largo de casi un siglo. Toda la limpieza fue una tarea mecánica realizada en seco, por lo que la cantidad de polvo movilizado y en suspensión nos obligó a trabajar por meses con barbijos o máscaras con filtros de partículas y lámparas portátiles que reforzaban la iluminación.



Fig. 4A, 4B. Dos vistas del D25 al momento de inicio de los trabajos de puesta en valor que muestran las condiciones en que se hallaban entonces las colecciones.

Fuente: Fotografías de A. Igareta.

Una vez alcanzado un nivel aceptable de limpieza de las instalaciones, se inició el diagnóstico propiamente dicho de los conjuntos arqueológicos (Odegaard 1992).

Entre otras problemáticas se buscó detectar en las colecciones evidencias de ataque biológico por el accionar de roedores, insectos, hongos o bacterias, así como deterioro producido

por sales u oxidación. Para ello, fue necesario aprender a reconocer los marcadores físicos directos e indirectos de tales procesos, para lo que se consultó a profesionales de otras divisiones científicas del MLP y de otras instituciones, y se recurrió a la lectura de bibliografía especializada. Los datos recabados llevaron a la elaboración de una “lista roja” de piezas y/o conjuntos que se encontraban afectados por procesos activos de daño que ponían en riesgo su conservación a corto plazo, y su acondicionamiento se definió como prioridad.

El primer relevamiento mostró que, además de sucio y atacado por agentes biológicos, el material del D25 se hallaba desordenado y disperso, y que el espacio interno del depósito carecía de cualquier tipo de marca que sirviera como referencia básica para registrar su ubicación. Algunos miles de piezas estaban ubicadas con un principio de orden y a la vista sobre estanterías y en cajones, otras tantas se disponían de modo más o menos ordenado en contenedores de cartón y madera fabricados para tal fin. Pero un porcentaje abrumador permanecía en las mismas bolsas de tela, cajas de cartón o madera, frascos de vidrio o empaques de papel de diario que había sido ingresado al MLP, en algunos casos hacía décadas (Igareta & Hernández 2020).

El diagnóstico reveló también que la estructura de dos tercios del mobiliario de madera estaba debilitada y en riesgo de colapso por un severo ataque de insectos que serían luego identificados como carcomas (*Anobium punctatum*). Los cajones de madera de dos de las cuatro grandes cajoneras utilizadas para el almacenamiento de piezas de pequeño formato eran los más comprometidos. Muchos de los contenedores de papel, tela, cartón y madera y las etiquetas de papel mostraban evidencias de daño por pececitos de plata (*Lepisma saccharina*) y por una abundante población de cucarachas (*Blatta orientalis* entre otras especies), que habían generado daño por masticación, deyección y acumulación de restos de individuos muertos (Igareta & Mariani 2015). El daño más grave fue el detectado en las piezas de la colección de textiles

y plumarios andinos, causado por larvas de derméstidos (*Anthrenus* sp.) y polillas portaestuches (*Tinea pellionella*) (Mariani & Igareta 2014). El accionar de los derméstidos impactó de modo particularmente dramático sobre las colecciones de cestería y calabazas (cucurbitáceas) pirograbadas, ya que solo cinco ejemplares de un par de docenas de estas últimas procedentes de diversos sitios del país pudieron ser recuperados y conservados.

Además, el avance de los trabajos permitió detectar en instancias posteriores daño mecánico producido por psocópteros en los adhesivos orgánicos utilizados en las restauraciones históricas de piezas cerámicas (Igareta *et al.*, 2017), desarrollo de levaduras sobre la superficie de piezas cerámicas almacenadas en contenedores (Nitiu *et al.*, 2014) y deterioro por proliferación de hongos y bacterias sobre algunas de las telas y tejidos (Guamet *et al.*, 2014). También pudo comprobarse que el ataque de roedores había ocurrido hacía años y que en el 2008 estos ya no constituían un agente de daño activo.

Casi la mitad de las piezas cerámicas³ que entonces se hallaban dispuestas en estantes y cajones mostraba alguna forma de daño producido por inadecuadas condiciones de almacenamiento. Por ejemplo, deterioro de su ornamentación derivado de un apilado sin aislamiento entre pieza y pieza; fracturas inducidas por el apilamiento de piezas pesadas sobre otras frágiles y delicadas; colapso de soportes y/o contenedores que generaron un efecto dominó de caída de unas piezas sobre otras, etc. Las distintas formas de deterioro habían ocasionado el desprendimiento y la caída de fragmentos de diversos tamaños de manera desordenada sobre el mobiliario y piso, lo que dificultaba identificar su ejemplar de procedencia. Parte del acervo cerámico y un porcentaje menor de las piezas líticas, óseas y de madera que se encontraban en las cajoneras y que habían

3 Las piezas líticas y cerámicas constituyen, en conjunto, cerca del 93% de las manufacturas en guarda en el D25. El porcentaje minoritario corresponde a objetos de metal, madera y pericarpio, hueso, vidrio, valvas y fibras animales y vegetales, así como a elementos de características mixtas.

sido objeto de restauraciones en décadas anteriores mostraban pérdida de cohesión de los adhesivos antiguos y/o nuevas fracturas ocasionadas por el uso de productos de adhesión y reposición más duros que la materia prima original (Pellizzari 2020).

Orden, limpieza y reemplazo de contenedores

El diagnóstico inicial reveló para el D25 una variedad de problemas que superaban los que podían afrontarse y resolverse efectivamente a corto plazo y con recursos limitados. Se diseñó entonces un plan de intervención por etapas que abordara primero las necesidades definidas como más urgentes –aquellas relacionadas con la preservación de las piezas – y relegara otras igualmente importantes pero cuya demora no ponía en riesgo físico el acervo del depósito. El trabajo de los primeros años se enfocó prioritariamente en acciones de conservación preventiva para cuyo desarrollo se consultó nuevamente a personal de otras divisiones del MLP y a profesionales externos capacitados en la temática⁴, pero también se recurrió a la lectura de bibliografía especializada. Con frecuencia, los lineamientos e indicaciones técnicas de tales textos (muchas veces extranjeros) debieron ser adaptados a los recursos y materiales disponibles a nivel local, por ejemplo en lo referido al uso de ciertos productos químicos o la utilización de determinados insumos museográficos. Ello obligó a nuevas consultas para evaluar los pros y contras de los reemplazos propuestos, y a generar casos de prueba que permitieran

determinar el desempeño de los productos elegidos en una muestra acotada de materiales arqueológicos antes de decidir extender su uso al resto de las colecciones, a fin de minimizar posibles efectos negativos.

Las acciones iniciales de la intervención incluyeron la limpieza individual y en seco con paño suave, pincel, cepillo y/o aspiradora de todas las piezas y fragmentos de piezas que se hallaban directamente ubicadas sobre estantes y cajones (Fig. 5). Idéntico procedimiento se utilizó para la limpieza del exterior de bolsas, cajas y cajones y para todo el mobiliario, avanzándose sector por sector, de techo a piso, primero en todas las estanterías periféricas y luego en las tres secciones internas. El material que presentaba manchas o depósitos orgánicos producto de la actividad de agentes biológicos u otro tipo de suciedad adherida fue tratado por aspersión con una solución alcohólica al 70% y pinceles, paños e hisopos (Fig. 6), aunque se dejó para una instancia posterior la remoción de inscripciones realizadas sobre las piezas con crayones o tizas, al comprobarse que requerían de otro tipo de tratamiento específico.

En simultáneo con la limpieza, comenzó el trabajo de ordenamiento físico de los elementos y su reunión por colección de pertenencia, destinándose ubicaciones determinadas para cada una e iniciándose un minucioso trabajo de revisión de los fragmentos hallados sueltos para su identificación. Los conjuntos en los que priman los objetos líticos de gran formato y peso fueron ubicados en cajones de plástico en el piso o sobre los estantes más bajos, mientras que las colecciones integradas por materiales de menores dimensiones fueron reacomodadas en los niveles más altos o en cajones. Aunque parezca una consideración obvia, la falta de control por décadas de la forma en que se ordenaba el material ingresado al depósito había generado situaciones de riesgo para muchos conjuntos, como el apilamiento directo de piezas líticas por encima de restos cerámicos, óseos o de madera.

4 Patricia Frazzi, conservadora del Centro de Arqueología Urbana de la Universidad de Buenos Aires, nos proporcionó amablemente bibliografía, instrucciones y productos durante los primeros años de trabajo. Julieta Pellizzari, conservadora, se incorporó al equipo de trabajo del D25 en el 2009 y se desempeñó como colaboradora *ad honorem* por cuatro años antes de ser contratada. Juan Ignacio Pérez Galetta, museólogo, se incorporó como asesor *ad honorem* en el 2012 y desde entonces colabora en calidad de tal en las tareas mencionadas.



Fig. 5. Limpieza mecánica de un conjunto cerámico de las colecciones en guarda en el D25.
Fuente: Fotografía de A. Igareta.



Fig. 6. Limpieza con solución alcohólica y pinceles de material de colección del depósito afectado por agentes orgánicos.
Fuente: Fotografía de A. Igareta.

Terminada esta etapa, se inició la apertura de contenedores y la limpieza del material que se encontraba en su interior. Dicha tarea – que aún continúa – fue de las más complejas de planificar y ejecutar, por lo imprevisible del contenido de los cientos de bolsas, cajas y cajones intervenidos. En algunos casos en su interior se hallaron unos pocos elementos enteros en buenas condiciones, pero en otros se encontraron cientos de fragmentos con sedimento adherido, dañados por insectos o roedores, hongos, y envueltos en varias capas de paja, papel o tela (Fig. 7). Un porcentaje mayoritario del material del D25 no fue objeto de ningún tipo de intervención una vez ingresado a la institución y permaneció en las mismas condiciones en que fue enviado desde el sitio de excavación por lo que, en muchos casos, adecuar sus condiciones a los requerimientos básicos de un depósito moderno implicó un gran desafío.

Una vez relevado el contenido, se inició el reemplazo de los contenedores orgánicos por bolsas de nylon, y/o cajas y cajones plásticos o cajas nuevas de cartón de uso comercial. Se decidió no utilizar recipientes herméticos dado que ello podría generar condensación de humedad en su interior e inducir nuevos deterioros químicos o biológicos. En cambio, se optó por cajones con laterales enrejillados que permiten la circulación de aire y por cajas con tapas de encastre sin ajuste. Por cuestiones de costos resultó imposible concretar un reemplazo simultáneo de todos los contenedores, por lo que se resolvió que, mientras la tarea avanza progresivamente, la sustitución de los antiguos y deteriorados empaques orgánicos por otros de cartón nuevo (periódicamente monitoreados para identificar evidencias de ataque biológico) es la mejor alternativa posible.



Fig. 7. Inicio de las tareas de acondicionamiento de una colección que permanecía en el mismo embalaje de papel de diario en el que había sido ingresada al D25 hacía más de setenta años.

Fuente: Fotografía de M. Hernández.

A fin de aprovechar al máximo el espacio interno del depósito y facilitar el acomodamiento y apilado de los contenedores, inicialmente se decidió utilizar un único tamaño estandarizado de cajas y dos tamaños de cajones. Sin embargo, la presencia de piezas de dimensiones y morfología singular y/o con requerimientos particulares obligó a ampliar dicho repertorio y generar alternativas específicas para su correcto almacenamiento. Ello ocurrió, por ejemplo, con la colección de casi 700 telas, textiles y plumarios andinos, cuyos ejemplares

de menores dimensiones fueron acomodados en una cajonera metálica nueva, mientras que los de mayor formato fueron ubicados en una estructura colgante diseñada y construida *ad hoc* (Collazo 2016; Collazo *et al.*, 2018). Para otros materiales, en cambio, se optó por el armado de cajas a medida utilizando para ello planchas de polipropileno corrugado apto para conservación. Dado el elevado costo de este material, se reservó su uso para piezas delicadas o muy deterioradas o para revestir parte del mobiliario de madera que no pudo ser reemplazado (Fig. 8A y 8B).



Fig. 8A, 8B. Uno de los cajones de madera antes de su intervención y el mismo cajón luego, revestido con polipropileno y con divisiones de espuma de polietileno para evitar que las piezas se rocen entre sí.

Fuente: Fotografías de A. Igareta.

Las acciones de limpieza y retiro de contenedores orgánicos del D25 fueron acompañadas por la puesta en marcha de un sencillo programa de fumigaciones anuales y monitoreos periódicos. Con el asesoramiento de profesionales de la División Entomología⁵ del MLP, se seleccionó un insecticida de uso comercial de amplio espectro cuya combinación específica de piretroides cubría las plagas detectadas. Se optó por aplicarlo utilizando el formato de aerosol de descarga total, dado que ello permite la saturación del ambiente sin generar residuos sobre mobiliario o piezas⁶. Posteriores revisiones permitieron comprobar que, a mediano plazo, este programa tuvo como resultado un control efectivo de la entomofauna, plaga detectada en la reserva.

Referenciamiento, inventarios y protocolos

Una vez avanzada la tarea de reunir y ordenar las colecciones, se inició la elaboración de su inventario topográfico, una base de datos que lenta pero efectivamente se transformó en el primer registro específico del depósito basado en información directa. Su preparación hizo necesario otorgar una nomenclatura específica a cada estante, cajón, mueble, pasillo y lado de pasillo, a fin de generar un sistema básico de coordenadas. Las referencias correspondientes se pintaron en el piso y se etiquetaron los laterales de los muebles para facilitar una rápida identificación y lectura de ellas. La ubicación de cada conjunto en el espacio interno del depósito fue registrada como parte de su información básica, junto con su

número de catálogo, nombre del colector, sitio de procedencia, año de colecta, materia prima de las piezas y cualquier otro dato considerado relevante.

El deterioro de las etiquetas que acompañaban a muchas de las piezas había puesto en riesgo las posibilidades de identificación museográfica de gran cantidad de conjuntos, y se observó que afectaba particularmente a las colecciones ingresadas al depósito a partir de la década de 1940. Mientras que unas 9000 piezas reunidas con anterioridad se encuentran identificadas secuencialmente mediante una sigla única pintada o entintada directamente sobre el material cuyo código remite al fichero histórico de la División Arqueología, un porcentaje mayoritario de los elementos ingresado *a posteriori* solo se halla acompañado por etiquetas de cartón o papel. Con frecuencia esas etiquetas brindaban datos clave para comprender la procedencia y organización de cada conjunto, por lo que puede estimarse la importancia de su conservación. El lento – y todavía activo – proceso destinado a registrar los datos de cada una de ellas implicó retirar y resguardar las etiquetas históricas aún conservadas, transcribir textualmente su información y realizar un rastreo minucioso en aquellos casos en que las referencias estuvieran deterioradas. Ello incluyó revisar una amplia variedad de documentos (libros de ingreso, diarios de campo, actas de donación, publicaciones); detectar semejanzas entre empaques con contenidos similares (incluyendo, por ejemplo, el mismo tipo de papeles o diarios del mismo lugar y fecha) y consultar a investigadores que trabajaran con colecciones semejantes y pudieran aportar información precisa sobre su origen (Fig. 9A y 9B). Tal estrategia permitió restituir, con elevado grado de certeza, los datos de sitio, colector y expedición de un porcentaje significativo de las piezas. En otros casos, solo se consiguió asignar el material a un área general de procedencia en función de ciertos rasgos específicos, lo que Márquez Miranda (1944: 104) definió como “*prueba de presunciones*” al enfrentar el mismo problema setenta años antes. Por último, un pequeño porcentaje de restos debió ser registrado momentáneamente como “sin referencia”, aunque no se descarta que esfuerzos posteriores permitan restituirla.

5 La buena predisposición de la Dra. Roxana Mariani y su equipo fueron clave tanto en esta instancia como en las posteriores, dado que brindaron información vital para la comprensión de la dinámica de desarrollo de las poblaciones de insectos en el depósito y para la implementación de estrategias destinadas a controlarlas.

6 Dado que entre las décadas de 1980 y 2000 el D25 fue esporádicamente fumigado con comprimidos fumígenos de cipermetrina que generaban un residuo graso de gran penetración, se estimó que la alteración química que podían producir estos aerosoles sobre las piezas de colección era mínima comparada con la previamente ocasionada por dicho residuo.



Fig. 9A, 9B. Un cajón con material de colección en su embalaje original y un ejemplo del tipo de contenedor por el que fue reemplazado durante los trabajos de puesta en valor.

Fuente: Fotografías de A. Igareta.

En caso de detectarse incongruencias entre las etiquetas y el contenido – por ejemplo, la indicación de que los objetos eran de una determinada materia prima cuando eran de otra, o la referencia a una procedencia insostenible dadas las características del material –, se registraron los datos correctos, pero la información original fue también

transcripta con una advertencia, a fin de dejar constancia de que se trataba de un error histórico y no de uno cometido en el curso de la nueva intervención (**Fig. 10**). También se señaló aquellos casos en que la información correspondía a una restitución o cruce de datos y no a un registro directo, a fin de dejarlo asentado para futuras revisiones.



Fig. 10. Vista del daño producido a las etiquetas de papel de las colecciones del acervo del D25 por la actividad de insectos plaga.

Fuente: Fotografía de A. Igareta.



Fig. 11. Tareas de revisión y registro de la numeración de referencia de un conjunto lítico.

Fuente: Fotografía A. Igareta.

La progresiva complejización de las tareas hizo necesario establecer pautas comunes que las guiaran, así como registrar de modo sistemático el trabajo realizado para evaluar su avance, introducir mejoras y compartir la información con otros profesionales. Dado que hasta el 2008 la División Arqueología no contaba con un formato estandarizado de registro de labores técnicas, se elaboró un primer protocolo básico a modo de fichas con campos fijos para el registro de las actividades. Para su diseño se tomaron como ejemplo los utilizados por los responsables de otras colecciones del MLP y se revisaron las propuestas disponibles en internet de una extensa cantidad de museos del país y el exterior. La información recabada fue utilizada luego para el armado de un modelo de *Ficha de registro de restauración*⁷ (realizada por Pellizzari en el año 2010), de una *Ficha de registro de limpieza y daño de textiles* (diseñada por Collazo, Quaranta & Pérez Galetta en el año 2012) y de una *Ficha de registro de daño entomológico* (elaborada por Igareta & Mariani en el 2013), entre otras.

También se implementó desde el 2008 la entrega de un informe anual a las autoridades de la División Arqueología de las actividades realizadas en el D25, en el que se registra de modo detallado las tareas desarrolladas en el período y los criterios que las orientaron, con el objetivo de generar a largo plazo un *corpus* documental de la historia del manejo del depósito. A ello se sumó la realización de presentaciones, ponencias en encuentros científicos y museográficos, además de la publicación de artículos en revistas especializadas y de divulgación (Bednarz, Igareta & Penesis 2019; Collazo & Igareta 2010; Giambelluca, Gianelli & Igareta 2011; Hernández & Giambelluca 2015; Igareta 2010; Quaranta & Collazo 2016), lo que generó un positivo *feedback* de información con colegas

7 La incorporación de una restauradora profesional en el equipo del D25 hizo posible un trabajo sistemático de restauración que se articuló orgánicamente con las tareas de acondicionamiento; sin su presencia, avanzar en ese tipo de intervenciones hubiera sido imprudente y riesgoso para el material.

de otras instituciones que llevaban adelante tareas semejantes.

El interés puesto en la sistematización de las actividades de acondicionamiento se extendió luego a otras relacionadas con la gestión del depósito, sobre todo a medida que la mejora en las condiciones del D25 hizo posible que fuera reabierto a consulta, primero parcial y luego completamente. Por ejemplo, teniendo en cuenta las condiciones ambientales de la reserva, se estableció que permanecería habilitada a terceros durante ocho meses al año, mientras que en los cuatro restantes (correspondientes a los meses de mayor calor y humedad) el acceso quedaría restringido al personal asignado a colecciones. De igual modo se estableció un cupo máximo de personas y de horas de permanencia en el depósito, al comprobarse que, superada cierta capacidad, sus niveles de temperatura y humedad se incrementaban exponencialmente.

En el año 2009, al concretarse la reapertura oficial del depósito para la consulta de colecciones y dado que la División Arqueología no contaba entonces con un sistema formal de gestión de solicitudes, se implementó un sistema básico de recepción de pedidos vía mail, evaluación, autorización y asignación de turno de visita. Asimismo se inauguró un registro de planillas manuscritas que los investigadores visitantes deben completar y firmar cada vez que acceden al D25. En el 2011 y tomando como referencia los documentos utilizados en otras divisiones científicas del MLP y los lineamientos generales del reglamento de colecciones de la institución, se elaboraron un *Protocolo para la cita de piezas de material de colección*, un *Protocolo para la cita de imágenes y documentación* y un *Compromiso para la utilización de datos obtenidos de los materiales y documentos*, que debían ser completados por cada investigador una vez terminada su consulta. Dichos protocolos fueron luego adoptados para su uso en todos los depósitos de la División; con algunos cambios menores y el agregado de un *Acuerdo de reproducción fotográfica* implementado para toda la institución, los cuales se encuentran vigentes en la actualidad.

Resultados, errores y logros

Trece años después de su inicio, los resultados obtenidos en la puesta en valor del D25 superaron todas las expectativas. Aunque es mucho lo que resta aún por hacer, en la actualidad es un depósito limpio, accesible y transitable que cumple con los lineamientos museográficos básicos y dispone de sectores con mesas de trabajo destinadas a facilitar la consulta de sus ordenadas y bien referenciadas colecciones. Cuenta con personal permanente que realiza tareas de limpieza, mantenimiento y monitoreo de los conjuntos arqueológicos y brinda asesoramiento a las docenas de profesionales del país y del exterior que solicitan cada año acceso a sus materiales. En las revistas especializadas de toda la región se multiplican las publicaciones que presentan información novedosa obtenida del análisis de sus conjuntos, y sus instalaciones funcionan como espacio pedagógico para la formación de alumnos de distintos niveles de carreras terciarias y universitarias, y de talleres para jóvenes y adultos mayores en temáticas tan diversas como la manufactura de cerámicas con técnicas aborígenes y diseño y modelado en 3D.

Alcanzar ese resultado no fue tarea sencilla, sino un largo proceso de aprendizaje, prueba, error, corrección e innovación por parte de un grupo de profesionales que fue consolidándose lentamente como un equipo interdisciplinario. Algunos de los errores cometidos fueron operativos y fue posible resolverlos simplemente mediante una nueva propuesta metodológica y mucho más trabajo. Por ejemplo, inicialmente se pretendió ubicar las piezas de cada colección siguiendo su numeración de catálogo, pero rápidamente fue evidente – por la variabilidad de tamaños y formas de los materiales – que ello implicaba un enorme desperdicio del escaso espacio de almacenamiento. En cambio, se optó por acomodar juntas las piezas de morfología semejante, maximizando las posibilidades de guarda de cada caja, cajón o estante, y sacrificando la correlación física por aprovechamiento del espacio, aunque ello

obligara nuevamente a dispersar colecciones (aunque esta vez con un registro sistemático que permitiera rastrear tal disgregación). Algo parecido ocurrió con la pretensión de no apilar materiales, una norma claramente establecida en la bibliografía especializada actual, pero que al cabo de unos meses se reveló como imposible de aplicar en un depósito saturado de material, con una cantidad limitada de estantes y cajones, sin posibilidades inmediatas de ampliación. Se definieron entonces mínimos criterios de seguridad para la guarda de objetos superpuestos, tales como no apilar elementos de distintas materias primas, siempre ubicar las piezas más pesadas abajo, no apilar piezas restauradas o solo colocar dentro o encima de ellas piezas livianas y siempre mantener los materiales aislados entre sí por láminas de espuma de polietileno, film alveolar (o incluso cartón nuevo si no es posible disponer de productos más adecuados) para evitar deterioros por fricción.

También fue posible corregir a corto plazo el error inicial de programar las fumigaciones a comienzos del año académico, dado que ello coincidía con el inicio del otoño (momento de disminución de la actividad de los insectos) y el momento idóneo para realizarlas es a fines de la primavera, cuando sus ciclos vitales se activan. Por su parte, el armado de cajas a medida dio como resultado un proceso mucho más complejo de lo que se estimó en principio y fue por ello que, después de varios intentos fallidos en los que se desperdiciaron materiales valiosos y difíciles de reponer, se decidió la realización de moldes en papel como paso previo a la confección del contenedor definitivo.

Otros errores fueron, sin embargo, más graves y difíciles de resolver una vez detectados. Por ejemplo, durante los primeros cuatro años de trabajo todos los restos de insectos hallados asociados al material arqueológico fueron descartados, asumiéndose que se trataba de organismos plaga de depósito que habían atacado las piezas almacenadas. Solo *a posteriori* y gracias al asesoramiento de entomólogos se descubrió que estos podían formar parte del *corpus* de

evidencia arqueológica y que por ello mismo debían ser conservados para futuros análisis sistemáticos (Bednarz *et al.*, 2016). Si bien resultó imposible recuperar los restos de entomofauna ya descartados, la consulta inicial con biólogos se convirtió en un proyecto interdisciplinario de larga duración⁸ que no solo permitió definir criterios precisos para la recolección e identificación de insectos y otros artrópodos hallados en el depósito (Mariani & Igareta 2014), sino que brindó la posibilidad de avanzar en una novedosa línea de investigación, con escasos antecedentes a nivel nacional.

Entre los resultados positivos los obtenidos durante las tareas de acondicionamiento del D25 se destaca la actualización de los datos cuantitativos referidos a las colecciones que alberga. En el año 2017 se concluyó el acondicionamiento de los conjuntos que ocupan la mitad del espacio interno de la reserva, y el procesamiento de la información correspondiente arrojó que se había intervenido entonces un total de 63.457 piezas enteras, distribuidas en 67 colecciones (Igarreta *et al.*, 2017). Estimando que el espacio restante alberga una cantidad algo mayor de materiales – propuesta que constituye solo una aproximación general y que deberá ser reemplazada por datos concretos – el acervo completo del depósito reuniría cerca de 140.000 piezas, a las que se sumaran una cantidad varias veces mayor de fragmentos.

Resulta imprescindible destacar que las tareas de puesta en valor de los materiales arqueológicos del D25 se vieron acompañadas por un esfuerzo institucional que incluyó la colocación de nuevas luces y de enchufes (hasta el año 2008 el depósito carecía

totalmente de ellos), el ya mencionado reemplazo de mobiliario y la adquisición permanente de insumos e instrumental específico solicitado por el personal a cargo de la reserva. También se llevaron adelante acciones de mejora edilicia destinados a controlar los efectos negativos de la humedad ascendente en dos de las paredes del depósito y se procedió a la instalación de matafuegos y de un sistema automático de detección de incendios. Conseguir que el D25 se convirtiera en la reserva accesible y funcionalmente operativa que es un la actualidad hubiera sido imposible si durante una década las autoridades del MLP no se hubieran tomado el tiempo de interiorizarse en sus problemáticas específicas y si no se hubieran comprometido activamente para intentar resolverlas.

Comentarios a modo de cierre

Desde el momento en que me hice cargo del D25 fue evidente que su puesta en valor era una tarea que, por mucho, excedía las posibilidades de trabajo de una sola persona, y que era imprescindible contar con profesionales con formación diferente de la mía para realizarla adecuadamente. Mi experiencia en investigación no era en lo absoluto suficiente para enfrentar los desafíos implicados en la conservación y manejo de las colecciones arqueológicas de un museo, por lo que me resultó indispensable capacitarme formalmente en la temática. Además, y dado que las posibilidades de la División Arqueología de contratar personal eran escasas⁹, el Dr. Raffino me permitió generar un proyecto marco e implementar un programa de voluntariado para alumnos y graduados de distintas carreras¹⁰

8 *Análisis interdisciplinario de colecciones arqueológicas del Museo de La Plata. Identificación del daño biológico y artrópodo-fauna asociada.* Dirección Dra. Roxana Mariani, Proyecto de Investigación y Desarrollo. Programa de Incentivos, Secretaría de Ciencia y Técnica, UNLP. Código: N783 (2015-2018). *Análisis interdisciplinario de colecciones de investigación y de valor patrimonial. Identificación de daño y desempeño de artrópodo-fauna asociada.* Dirección Dra. Mariani y Dra. Igareta. Programa de Incentivos a docentes-investigadores UNLP, P I+D, Código N/899 (2019-2022).

9 En el año 2010 Jorgelina Collazo se incorporó a la División Arqueología como técnico profesional asignada al D25.

10 “Proyecto de acondicionamiento y puesta en valor de las colecciones y materiales del Depósito 25 de la División Arqueología”. Dirección Dra. Ana Igareta. Expte 1000-013864/13. Aprobado por el Honorable Consejo Directivo

que, con el tiempo, llevó a la conformación de un equipo interdisciplinario de primer nivel¹¹. Fue la articulación de ese equipo, el interés de sus integrantes por capacitarse y su labor sostenida en el tiempo los que generaron un impacto efectivo en el estado de las colecciones; si no hubiera contado con su colaboración, el alcance de la mejoras habría sido significativamente acotado.

A mi entender, una de las claves del éxito del trabajo realizado fue el compromiso asumido por todo el equipo de alejarse del rol de investigadores y posicionarse, en cambio, como responsables de colecciones. Priorizar el acondicionamiento de todo el acervo y no solo enfocarnos en aquellos conjuntos de nuestro propio interés o del interés de colegas cercanos hizo posible el diseño de un plan de actividades que a la brevedad impactó positivamente en el total de las colecciones. Un punto de quiebre en tal sentido fue la decisión de relegar las tareas de inventariado a un segundo momento de trabajo, dado que ello generó críticas y reclamos por parte de investigadores que se hallaban urgidos de acceder a la información de algunos materiales y consideraban que la actualización de las bases de datos debía ser la prioridad. Pero el equipo sostuvo el criterio de asegurar la preservación física a largo plazo de todas las colecciones por sobre la necesidad particular de análisis de ciertos conjuntos. Aunque no fue fácil conjugar el interés museográfico con

las urgencias de la investigación arqueológica, se estimó entonces – y sigue siendo mi opinión personal muchos años después – que recién cuando la preservación física de todo el acervo esté asegurada, es pertinente avanzar en el relevamiento de la información de referencia de cada colección.

Curiosamente – o no tanto, dado que el MLP es un museo de Ciencias – en ese recorrido en el cual conscientemente buscamos alejarnos de la investigación arqueológica, la investigación nos alcanzó desde un ángulo completamente novedoso. La necesidad de enfrentar problemas para los cuales no hallábamos respuesta en la bibliografía especializada nos obligó a hipotetizar causas y a aplicar todo nuestro conocimiento como arqueólogos para corroborarlas o refutarlas. De igual modo, nos llevó a relacionarnos e intercambiar información con profesionales de muy diversos campos de la Biología pero también la Bioquímica, la Física, la Restauración, la Museología y la Ingeniería, en un innovador y sostenido ejercicio de colaboración interdisciplinar orientado a la construcción de soluciones novedosas.

Por último, no puedo dejar de mencionar que, incluso después de tantos años a cargo del Depósito 25, aún sigue asombrándome el potencial que late en las venas de sus colecciones: Cómo la aplicación de modernas – pero también antiguas– técnicas de análisis permiten obtener datos originales capaces de fortalecer interpretaciones o cambiar radicalmente nuestra perspectiva sobre ellas; Cómo conjuntos nunca antes estudiados y otros detalladamente revisados una docena de veces tienen todavía tanta información nueva para ofrecer a quienes quieran consultarlos.

Agradecimientos

A todas las personas que, sucesiva y afectuosamente, integraron desde diferentes lugares el equipo del D25 a lo largo de casi veinte años.

de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata.

11 Marina Iwanow, Sergio Bogan, Daniel González y Nicolás González Benegas fueron colaboradores clave durante los primeros años de trabajo; a ellos sumaron luego Vanina Castellón, Nicolás Aguerrebere, Diego Gonnet, Julia Gianelli, Analía Quaranta, Celeste Placene, Matías Hernández, Romina Giambelluca y Santiago Novara, todos alumnos de la Licenciatura en Antropología de la Universidad Nacional de La Plata y todos pasantes *ad honorem* en distintas etapas del proyecto. Julieta Penesis y Melina Bednarz, alumnas de la misma carrera en la Universidad de Buenos Aires, se desempeñaron también durante años como colaboradoras externas *ad honorem*, al igual que María Angélica Guerriere, conservadora. Todos ellos realizaron una labor destacada en el mejoramiento del estado de las colecciones del D25.

IGARETA, Ana. A brief biography of an archaeological repository: D25 (Museo de La Plata, Argentina), 13 years later. *R. Museu Arq. Etn.* 39: 54-74, 2022.

Abstract: Depósito 25 of the Museo de La Plata (Buenos Aires, Argentina) is the largest archaeological reserve of the institution founded at the end of the 19th century. Historically it lacked of permanent staff in charge of its collections. This not only limited the possibilities for access and analysis of the material, but also generated a progressive state of disorder and neglect that had a negative impact on all the collections. The situation began to change in 2008 when the appointment of a new curator set in motion a comprehensive project to refurbish the facilities and the more than 100,000 pieces in its custody. This was a complex task that began with the total cleaning of the reserve and its contents for the first time in half a century, continued with a meticulous survey and registration of the collection material, and ended with the preparation of a general topographical inventory. This was followed by monitoring and control of identified pests, replacement of furniture and organic containers and the design of *ad hoc* protocols for the organization and recording of activities carried out by visiting staff and researchers. Thirteen years later, the collections of the reserve are adequately conditioned, organized and accessible, having become a permanent source for researchers in the country and abroad, and the information obtained is presented in scientific, pedagogical, technological and art publications. This paper briefly reviews the path followed, giving an account of the set of complex problems faced at each stage and the simple and concrete strategies developed to solve them.

Keywords: Depósito 25; Museo de La Plata; Archaeological collections; Disorder and deterioration; Enhancement.

Referencias bibliográficas

- Ametrano, S. 2015. *Datos sobre el último relevamiento general de colecciones del Museo de La Plata*. Informe interno Dirección del Museo de La Plata. Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata. Manuscrito inédito. La Plata.
- Arena, M.D. 2008. Documentación e identidad de los materiales arqueológicos del Museo de La Plata. *Museo* 3: 37-49. Disponible em: <https://bit.ly/3EJcfeT>. Acceso em: 08/04/2021.
- Bednarz, M.; Igareta, A.; Penesis, J. 2019. Definiendo la cultura material colonial a partir de colecciones arqueológicas del Museo de La Plata. *Teoría y Práctica de la Arqueología Histórica Latinoamericana*, 8: 71-81. Disponible em: <https://bit.ly/3u07WWF>. Acceso em: 18/11/2022. DOI 10.35305/tpahl.v8i0.6.
- Bednarz, M. *et al.* 2016. Revisión del hallazgo de Agua Caliente (Rachaite, Jujuy), Colección Vignati, Museo de La Plata. In: *Anais do XIX Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, 2016, Tucumán. Disponible em: <https://bit.ly/3tlaGYh>. Acceso em: 01/07/2021.
- Collazo, J. 2016. Desarrollo y aplicación de un protocolo para la conservación y documentación de textiles de colecciones arqueológicas del Museo de La Plata. In: *Anais do XIX Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, 2016, Tucumán.

- Collazo, J.; Igareta, A. 2010. Puesta en valor de la colección arqueológica Francisco P. Moreno (Museo de La Plata). In: *Anais do I Congreso de Museos Universitarios*, 2010, La Plata. Disponible em: <https://bit.ly/3EmgT0W>. Acceso em: 18/11/2022.
- Collazo, J. et al. 2018. Una mirada interdisciplinaria para la conservación textil. El caso de las colecciones del Museo de La Plata. *Fragmentos del pasado* 5: 49-58. Disponible en: <https://bit.ly/3tHmLNr>. Acceso em: 30/05/2021.
- Farro, M. 2008. *Historia de las colecciones en el Museo de La Plata, 1884-1906: naturalistas viajeros, coleccionistas y comerciantes de objetos de historia natural a fines del siglo XIX*. Tese de doutorado. Universidad Nacional de La Plata, La Plata. Disponible en: <https://bit.ly/3GqGfxx>. Acceso em: 27/03/2021.
- Giambelluca, R.; Gianelli, J.; Igareta, A. 2011. Dos colecciones arqueológicas y un destino: el recorrido histórico de la Colección Bruch y la Colección Lafone Quevedo en el Museo de La Plata. In: *Anais do II Simposio Colecciones de Museos e Investigación Patrimonio, Diversidad Cultural e Inclusión Social*. (CD-ROM).
- Guiamet, P. et al. 2014. Fungi and bacteria in the biodeterioration of archeological fibers. Analysis using different microscopic techniques. *Revista Argentina de Microbiología* 46: 376-377. Disponible em: <https://bit.ly/3EJ15Xy>. Acceso em: 18/11/2022. DOI 10.1016/S0325-7541(14)70097-5.
- Hernández, M.; Giambelluca, R. 2015. A un siglo del primer pozo de petróleo: el valor histórico de la Colección Schiller (Museo de La Plata). In: *Anais do VI Congreso Nacional de Arqueología Histórica*, 2015, Mendoza.
- Igareta, A. 2010. Epoxi, madera, hierro y masilla. Restauraciones históricas en colecciones arqueológicas del Museo de La Plata. In: *Anais do I Congreso Nacional de Museos Universitarios*. (CD-ROM).
- Igareta, A. 2017. *Informe anual de actividades desarrolladas en el D25*. Informe interno División Arqueología, Museo de La Plata. Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata. Manuscrito inédito. La Plata.
- Igareta, A. 2019. Rastros de la India en el Museo de La Plata, Argentina: la colección arqueológica H.W. Seton-Karr. *Antilha Revista Latinoamericana de Historia, Arte y Literatura* 8: 69-85. Disponible em: <https://bit.ly/3EHfaow>. Acceso em: 18/11/2022.
- Igareta, A.; Hernández, M. 2020. Colecciones arqueológicas del Museo y una historia hecha de cajones. *Museo* 32: 65-72. Disponible em: <https://bit.ly/3XfSSkN>. Acceso em: 18/11/2022.
- Igareta, A.; Mariani, R. 2015. Acciones de conservación preventiva en depósitos de la División Arqueología del Museo de La Plata. *Conversa: Voces en la conservación* 1: 95-104. Disponible em: <https://bit.ly/3U4raoF>. Acceso em: 18/11/2022.
- Igareta, A. et al. 2017. Biodeterioro por psocópteros en restauraciones históricas de cerámicas arqueológicas: definición de la problemática y toma de decisiones durante una intervención de conservación preventiva en el Museo de La Plata (MPL), Argentina. *Intervención: Revista Internacional de Conservación, Restauración y Museología* 8: 57-69. Disponible em: <https://bit.ly/3UNjsAr>. Acceso em: 18/11/2022. DOI 10.30763/Intervencion.2017.16.183
- Manjarin, E.; Suárez, G. 2002. *El arte textil de la civilización andina*. Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires.
- Mariani, R.; Igareta, A. 2014. Avances en el registro de agentes de biodeterioro de material arqueológico y estrategias básicas implementadas para su control. In: *Anais da Reunión sobre Biodeterioro y Ambiente de la Provincia de Buenos Aires*, 2014, La Plata. Disponible em: <https://bit.ly/3Oip2rQ>. Acceso em: 18/11/2022.

Breve biografía de un depósito arqueológico: el D25 del Museo de La Plata (Argentina), 13 años después
R. Museu Arq. Etn., 39: 54-74, 2022.

- Márquez Miranda, F. 1944. Colecciones arqueológicas de Patagonia del Departamento de Arqueología y Etnografía del Museo de La Plata. *Revista del Museo de La Plata* 103-121. Disponible em: <https://bit.ly/3EJ5Sbu>. Acceso em: 23/11/2020.
- Nitiu, D. et al. 2014. *Reporte de muestreo y siembra de material pulverulento del D25 División Arqueología MLP*. Informe inédito. Instituto de Botánica Carlos Spegazzini, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Odegaard, N. 1992. *A guide to handling anthropological museum collections*. Western Association for Art Conservation, Tucson.
- Pellizzari, J. 2020. *Metodologías de intervención en las cerámicas arqueológicas del Museo de La Plata desde el siglo XIX hasta la actualidad*. Dissertação de mestrado. Universidad Nacional de San Martín, Buenos Aires.
- Podgorny, I. 1999. De la antigüedad del hombre en el Plata a la distribución de las antigüedades en el mapa: los criterios de organización de las colecciones antropológicas del Museo de La Plata entre 1897 y 1930. *História, Ciências, Saúde: Manguinhos* 6: 81-101. Disponible em: <https://bit.ly/3TJ0Vnm>. Acceso em: 10/5/2021. DOI 10.1590/S0104-59701999000200004.
- Quaranta, A.; Collazo, J. 2016. Ojo al piojo. 60.172. Un caso de estudio de ectoparásitos en textiles de la colección del D25 del Museo de La Plata. In *Anais do XIX Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, 2016, Tucumán.
- Raffino, R. 2012. Prólogo. In: Collazo, J. *Colección arqueológica Francisco Pascasio Moreno: pasado, presente y futuro. Cómo conservamos nuestro patrimonio arqueológico*. Trabalho de conclusão de curso. Universidad Nacional de Rosario, Rosario, 4-6. Disponible em: <https://bit.ly/3hPhG2Z>. Acceso em: 8/5/2021.
- Teruggi, M. 1988. *Museo de La Plata, 1888-1988: una centuria de honra*. Fundación Museo de La Plata, La Plata.